

EL CAMINO DE UN egresado del Sename

Al cumplir la mayoría de edad, miles de jóvenes del Sename se enfrentan a tener que dejar sus residencias. Sin embargo, gran parte de ellos no cuenta con apoyo ni redes para comenzar la vida independiente. ¿Cuáles son sus temores?, ¿qué desafíos encuentran?, ¿qué opciones tienen? “Sábado” conoció la historia de tres adolescentes que egresaron y cómo encararon un destino para el que no se sentían preparados.

POR MATÍAS SÁNCHEZ JIMÉNEZ



Cuando Catalina Callealta cumplió 18, solo ella y una compañera de la residencia entraron a estudiar. “El resto cayó en las drogas porque no fueron capaces de soportar sus vidas”, dice ella.



“Después de vivir tantos años en el Sename, lo único que quería era salir de ahí”, dice Francisco Pinoleo.



A Valeria Ruz le dieron dos opciones en su residencia cuando cumplió 18: estudiar o regresar a la casa de su mamá. “Tomé la primera opción porque donde mi mamá no me siento bien”.

Son cerca de las siete de la tarde de un martes de julio. A través de una videollamada por Zoom, 16 participantes están conectados a la charla “Hablemos de vida independiente”. En algunas pantallas se ven grupos de personas sentadas frente a la cámara. En sus usuarios están escritos los nombres de las residencias donde viven.

La mayoría son adolescentes. Todos tienen distintas edades, pero historias de vidas similares. Sufrieron algún tipo de vulneración durante su infancia y no cuentan con el apoyo de algún familiar o cercano. Se sienten solos, tienen las mismas dudas.

Durante la videollamada, la conversación es liderada por Catalina Callealta, de 20 años. Es egresada del Sename y está ahí para contarles de su experiencia, la que los jóvenes conectados también enfrentarán: no saber qué pasará con ellos en el futuro cuando cumplan la mayoría de edad y tengan que dejar la residencia en la que viven.

Al cumplir 18 años, hay dos opciones para no ser expulsados de las residencias del Sename: tener algún tipo de enfermedad crónica o estar inscrito en algún instituto de educación superior. Es la única forma en que los hogares pueden solicitar una prórroga del financiamiento y continuidad del adolescente, la que solo puede extenderse hasta los 24 años. Luego, deben buscar su independencia. Hasta junio de este año, 327 jóvenes se encuentran en esa situación, según cifras del Sename.

“Tengo 18 años y me da susto salir porque ahora estoy en una burbuja, la fundación me da comida, techo y todo lo que me faltará afuera. Cuando me vaya, no tendré nada de eso”, confiesa una de las adolescentes en el Zoom. “Si estudio, tengo hasta los 24 años para vivir aquí, pero si no me organizo bien o me demoro más en sacar la carrera, ¿qué hago en el mundo de afuera?”, agrega.

“Cuando creces dentro de un hogar, lo haces en una isla, en una burbuja. No estamos preparados para la realidad”, dice Francisco Pinoleo.

Otra joven se suma a la conversación: “Este año empecé a estudiar trabajo social, pero de cuarto medio a la universidad, es un gran paso. Muy grande. Todo es diferente y da miedo porque te preparan para rendir la prueba, pero ¿qué pasa después? Siento que estoy volando, no sé que hacer. Sufro como un colapso mental, me cuestiono porqué tengo que estar aquí (en un hogar del Sename) y los problemas con mi familia. Este año tuve que congelar por lo mismo”.

Durante la charla, algunos jóvenes preguntan cuáles son los requisitos para entrar a la carrera de actuación y gastronomía. Otro, el más tímido y con la mascarilla puesta, pregunta: “¿Cuál es la importancia del NEM? Tengo entendido que es la acumulación de notas, de primero a cuarto medio, pero no sé para qué sirve”.

De todas las dudas que surgieron, solo una se cuestionó el tema del financiamiento. “Después hay que juntar dinero porque, a la hora de irnos, no nos vamos a ir con el potito pelado, como dicen algunos. ¿Cómo puedo aprender el tema de los créditos y becas? Son cosas que no sabemos”.

Catalina Callealta trata de responder todas las preguntas. Después le entrega un mensaje a todo el grupo: “Si yo pude, ustedes también. Muchos se deben preguntar cómo llegué a estudiar en la universidad, pero lo importante es que sepan que ya son unos ganadores. Todos hemos vivido episodios difíciles, pero lo que se viene es una prueba más, que también vamos a ganar”.

Antes de terminar la actividad, una joven activa su micrófono y comenta: “Yo le tengo cuco a salir de esta casa, por todo lo que nos espera afuera”.

A los seis meses de edad, Catalina Callealta ingresó al Sename. Recuerda que vivió en lugares como la Casa Nacional del Niño y en el CREAD Galvarino, todos bajo el sistema de protección. Hace dos años, cuando cumplió 18, se enfrentó a la situación de salir de la residencia o estudiar. Afuera no tenía familiares ni cercanos que la recibieran o apoyaran.

“Te dicen que si te quieres quedar, tienes que pagarte una carrera o buscar a alguien que la financie; si no, te fuiste no más. Así de crudo es el sistema. Yo tenía claro cómo era la situación, pero tenía compañeras que no tenían ni idea dónde estaban paradas porque hemos vivido toda una vida en una burbuja”.

Luego de rendir la PSU, Catalina comenzó a estudiar Ingeniería en Administración Pública, en la Universidad de Los Lagos, lo que le permitió quedarse en una residencia. Sin embargo, confiesa que tenía muchas dudas. “Siempre he sido desordenada y no me sentía preparada. El hogar te entrega un apoyo, pero hasta cierto punto. Ellos nunca pensaron que quedaría en la universidad, siempre creyeron que sería en un instituto técnico”.

Los primeros seis meses de universidad, Catalina Callealta no logró conseguir la gratuidad ni becas. Explica que, por desconocimiento del proceso, no pudo postular bien su situación. Para costear su carrera, consiguió un trabajo en una pizzería. “Era un mundo nuevo, no sabía lo que era un sueldo, un contrato o cómo me iban a pagar. Siempre nos falta información, la que está alejada de nosotros por nuestra situación Sename”, dice Catalina.

Admite que le habría gustado que alguien la motivara a salir adelante. “Alguien que me dijera ‘yo pasé por lo mismo, pero dale, tú puedes. No porque hayas vivido cosas malas, significa que van a seguir pasando’. También me habría gustado tener a mi mamá y que me enseñara esas cosas, tener el apoyo de una familia”, agrega.

Después de su experiencia, Catalina Callealta se unió al proyecto Juntos x Infancia —de la Comunidad Organizaciones Solidarias— que tiene el propósito de acompañar a niños y jóvenes que viven en residencias y organismos colaboradores del Sename.

“Al trabajar con más de 60 residencias, durante tres años, nos dimos cuenta de que existía una necesidad transversal de acompañar el proceso de preparación de jóvenes para enfrentar la vida independiente. El principal temor se relaciona con el futuro. ¿Qué va a pasar cuando egresen? ¿Cómo generarán ingresos para poder vivir y estudiar? ¿A dónde vivirán? Existen muchas dudas sobre cómo acceder a la educación superior, qué carreras estudiar, cómo postular a subsidios estatales. También el miedo del estigma ‘Sename’”, dice Magdalena Simonetti, directora ejecutiva de Juntos x Infancia.

No obstante, para que un joven se mantenga en la residencia, explica Magdalena Simonetti, también debe existir la voluntad de su parte. “Si el adolescente no quiere quedarse, está en su derecho de egresar”. Y en el caso de que uno de ellos no tenga buen comportamiento y/o consumo de drogas, su estadia dependerá de cada institución. “Debería existir una política pública, con un programa específico que pueda acoger y acompañar el tránsito de los jóvenes, con una mirada intersectorial. Eso, hoy no existe”, agrega.

Cuando Catalina Callealta cumplió 18 años, en su residencia había otras 20 adolescentes en la misma situación. Solo ella y otra compañera lograron estudiar. “El resto cayó en las drogas porque no fueron capaces de soportar sus vidas”, recuerda. Catalina reconoce que hubo un factor clave que le permitió seguir adelante: escribir.

“En las residencias tenía mala conducta, pero era porque no sabía expresarme. Comencé a escribir, lo que me ayudó a

entender mis sentimientos y que iba a estar sola toda mi vida. Acepté quién era, que no tenía mamá y aprendí a perdonar. Porque me di cuenta que no podía pedir una familia perfecta porque no la tengo”.

Hacer ese proceso, reconoce, no fue fácil. “Nací en un contexto de violencia con mi mamá y después en los hogares que crecí. Me di cuenta que para sobrevivir tenía que ser chora. Llegué a estar en la pirámide de mando donde todos me respetaban, pero era por miedo, no porque me tuvieran cariño. Ahí me sentía vacía. Cuando tuve el poder de cambiarlo, lo hice. No tengo porqué hacer sentir a una persona lo mismo que yo. Al final, me di cuenta que me había convertido en mi mamá. Ella me sacaba la chucha para tenerle respeto, pero no cariño ni amor”, relata Catalina.

El año pasado, Catalina Callealta salió de su hogar del Sename e ingresó al programa Casas Compartidas, de la Fundación Sentido. Allí, el proyecto piloto, que comenzó hace 9 meses, busca entregar un hogar a los jóvenes mayores de edad, “donde ejercitan el desafío de la vida independiente por 3 años, hasta demostrar que cuentan con las herramientas y habilidades, como salud, educación, trabajo, habitabilidad, autonomía, entre otras; las que son necesarias para la vida que quieren”, explica Margarita Guzmán, presidenta de la fundación.

“Hoy, esos jóvenes no están llegando preparados para la vida independiente, para cuando cumplan 18 años. Muchos vienen con rezago escolar y con una mala relación con el aprendizaje, entonces no se les hace fácil. Si no les dan otra opción de estudiar, vuelven al espacio de donde los sacaron por haber sido vulnerados: a la calle o se asocian al narcotráfico y explotación sexual. Esa preparación debe empezar mucho antes”, agrega Margarita Guzmán.

Valeria Ruz, de 18 años, es parte del programa. En una casa de tres pisos, ubicada en el centro de Santiago, vive junto a otras cuatro compañeras. Ingresó al Sename, por primera vez, en mayo del año pasado, por vulneración a sus derechos que vivió en su casa. “Tenía susto por todo lo que se habla en la tele del Sename, que les pegan y violan a los niños”, dice.

En noviembre cumplió 18 y tampoco sabía qué pasaría con su situación. Asegura que en su residencia le dieron dos opciones a elegir: estudiar o regresar a la casa de su mamá. “Tomé la primera opción porque donde mi mamá no me siento bien, me hace mal estar ahí”.

Este año entró a estudiar Técnico en Educación de Párvulos, en el instituto ENCA. “Elegí esa carrera porque me gusta estar con niños, poder enseñarles”, explica. Pero, por la pandemia, sus estudios los ha cursado desde la Casa Compartida. Allí ha vivido los primeros meses de su nueva vida independiente.

“Ha sido difícil por el tema de la organización, compras de mercadería o el aseo. Hoy tengo más responsabilidades, pero no estaba preparada para ellas. Me gusta estar aquí, pero estaba mejor en la residencia porque había una estructura, se cumplían turnos de recreo, para comer o limpiar. Además, las colaciones eran muy ricas”, dice entre risas.

No obstante, sobre sus estudios superiores, Valeria Ruz confiesa que le ha costado acostumbrarse. “No me ha ido tan bien porque algunas cosas no las entiendo. No me sentía preparada para la universidad, me da susto reprobar un ramo y atrasarme, lo que me significaría irme de aquí sin haber terminado mi carrera. Me hubiese gustado tener orientación de cómo sería la vida adulta”.

En la Casa Compartida, por temas de financiamiento, todos sus residentes tienen un límite de tres años para permanecer en ella. También deben cumplir ciertos requisitos como no

consumir drogas ni alcohol, no alojar a personas externas ni cometer agresiones físicas. Si alguno quebranta las reglas, “son expulsados, se le arrienda una pensión y se mantiene acompañamiento, junto con el pago de la alimentación y transporte”, explica Margarita Guzmán.

A pesar de tener el acompañamiento de la fundación, Valeria Ruz confiesa que hay días en los que se siente sola y frustrada. Su círculo de contención, dice, son su pololo y sus amigos, junto con dos compañeros de la Casa Compartida. “Ellos me ayudan, me aconsejan de la vida y en temas sentimentales. No tengo familiares que me puedan apoyar, pero ellos sí”.

En el futuro, ella dice soñar con arrendar un departamento. Mientras tanto, aún aprende algunas actividades domésticas, como cocinar. “Vi videos en YouTube y ahora sé cocinar cazuela y papas rellenas, pero no me siento preparada para el paso de vivir sola. No he tenido la orientación de cómo hacerlo o cómo organizarse con el dinero”.

Catalina Callealta, después de vivir la misma experiencia en la Casa Compartida, decidió irse a vivir sola en un departamento del centro de Santiago. Cuenta que lo hizo porque quería aprender habilidades de forma independiente. “El sistema no te entrega una herramienta que diga cómo salir adelante. Si puedes, sobrevives. Todo es parte de un mundo donde tus compañeras también están en la miseria, las que te pueden enseñar o hacer de tu vida un infierno. Yo viví cosas negativas, que las cambiaría de raíz, como agresiones físicas y sexuales. Ahora soy capaz de hablarlas, pero en esa época no. El sistema no te da opciones, te da más traumas y problemas que debes superar sola. Si tienes cupo de apoyo psicológico, bien por ti. Si no lo tienes, que sea lo que Dios quiera”.

“El Sename se creó bajo el contexto de dar comida y techo a niños pobres, pero nadie se preocupó de que esos niños iban a ser el futuro de Chile y que también necesitan educación. Eso ha ido mejorando, los egresados ya no son los mismos niños guachitos de hace ocho años atrás. Ahora, al menos, tienen cuarto medio rendido”, comenta Catalina.

Hoy, ella trabaja como subadministrativa en un minimarket y sigue estudiando Ingeniería en Administración Pública. A sus 20 años, confiesa que lo más difícil ha sido estar sola. “Es el momento cuando más apoyo necesitas. Tuve la suerte de tener a mi hermano mayor, de recibir las herramientas necesarias y conocer a las personas adecuadas. Mis amigos me llamaban casi todos los días y me daban ánimo. Fue algo solitario el proceso, pero no tanto. Al final, necesitaba tener mi espacio”.



Francisco Pinoleo, de 27 años, dejó hace cuatro la residencia en que vivía porque quería estar solo. “Siempre viví con más gente y quería mi espacio, pero en un hogar no puedes tenerlo: hay que compartir y vivir con los demás. Yo quería tener mis cosas, que no se perdieran, entonces preferí salir, me sentía asfixiado. Después de vivir tantos años en el Sename, lo único que quería era salir de ahí”.

Francisco había ingresado a los siete años al Sename en la Región de La Araucanía, donde nació. “Fue por causal de maltrato intrafamiliar”, explica. A los 12 volvió con su madre, ya que se comprometió asistir a un programa de acercamiento familiar con sesiones psicológicas y psiquiátricas. “Obviamente

te mi mamá no lo cumplió, perdí mi tutela y fui trasladado a Santiago”.

A diferencia de otros adolescentes del Sename, cuando Francisco Pinoleo cumplió la mayoría de edad, ya tenía un título técnico nivel medio en agrícola, el que obtuvo al graduarse de cuarto medio. “Cuando creces dentro de un hogar, lo haces en una isla, en una burbuja. No estamos preparados para la realidad. Es algo que se debe trabajar de a poco y bajo las condiciones que uno creció, muchos con maltratos o alcoholismo en la familia. Otros casos son más graves, como violaciones, pero son traumas que se dificultan al enfrentar la vida”.

Sin un respaldo familiar, Francisco optó por estudiar Ingeniería en Medio Ambiente, lo que le permitió permanecer en la residencia. Para pagarla, consiguió un trabajo en un supermercado, donde sintió, por primera vez, el peso de vivir en el Sename.

“Cuando entré al trabajo, mi mayor temor eran los prejuicios. Lo viví con un jefe, pero con mis compañeros no. Ellos se sorprendían que yo fuera un niño Sename. Por mi forma de comunicarme, de hablar, no lo parecía. La sociedad te juzga por pequeñas cosas, que muchas veces no van contigo, pero con el tiempo pude demostrar lo contrario”.

Al terminar el tercer año de su carrera, Francisco dejó de estudiar ingeniería. Reconoce que pasó por un proceso emocional, bajó sus notas y perdió la beca. “Todo eso generó un problema en mi cabeza. Ya no cumplía con los requisitos, tenía trabajo pero no me alcanzaba para pagar la universidad, trabajaba de día y estudiaba de noche, entonces el agotamiento me pasó la cuenta. Uno cree que se las puede todas, pero en realidad no”.

Francisco Pinoleo, al no estar estudiando, tuvo que dejar su residencia del Sename y se fue a vivir con la familia de su polola. “Ellos me brindaron apoyo y un lugar donde quedarme. Cuando sales del hogar, quedas desamparado. No todos tienen la suerte que tuve yo. ¿El resto qué hace? Entran en los drogas y delincuencia”.

El año pasado, Francisco fue apadrinado por la ECAM —Egresados de Casas de Acogida de Menores— y consiguió un trabajo en Estados Unidos, en una empresa agrícola como control de calidad. ECAM es una fundación cuyo propósito es mejorar la protección, desarrollo e integración de niños, niñas y jóvenes en riesgo social, vulnerables o en situación de discapacidad, de casas de menores. Su fundador la creó después de vivir la experiencia de egresar a los 18 años del Sename y terminar viviendo en la calle.

Pilar Villarroel, directora de ECAM y jueza del tribunal de Familia, explica que “dentro de la precariedad que se encuentra la niñez y adolescencia vulnerable en Chile, la desprotección sigue al cumplir la mayoría de edad. Son jóvenes que crecen sin apoyo familiar, salen de la residencia y, literalmente quedan en la calle. A través de ECAM, logramos que muchos jóvenes tuvieran becas e ingresaran a institutos y universidades, pero eran muy pocos los que se mantenían, ya que no tienen un buen nivel académico ni un grupo familiar que los apoye”.

“Si bien, el Sename entrega la opción de mantenerlos en residencia hasta los 24 años, con la condición de estar estudiando, los jóvenes que lo logran son una excepción. En mis

20 años de labor como magistrada, recuerdo haber conocido 4 o 5 casos. El Estado no solo debe apoyarlos en la infancia y adolescencia, también debe dejarlos insertados en la sociedad. Actualmente, el Código Civil obliga a los padres sustentar económicamente a sus hijos hasta los 28 años. ¿Por qué con ellos se hace una diferencia de hasta los 24 años? También deben ser apoyados hasta esa edad, a través de diversos subsidios, un sistema que permita formarlos y mantenerse en su adultez”, agrega Pilar Villarroel.

En octubre de este año, el Sename dejará de existir y comenzará a operar el Servicio de Protección Especializada a la Niñez y Adolescencia, conocido como Mejor Niñez. Su directora María José Castro asegura que, durante el primer semestre del 2022, se incorporará un programa de preparación para la vida independiente, orientado en trabajar con adolescentes desde los 14 años para el desarrollo de habilidades que les permitan desplegar autonomía en la vida cotidiana.

“El programa de vida independiente los vincula con oficios, los ayuda a desarrollar identidad, les entrega lugares para potenciar habilidades y los vincula con la oferta social disponible en su territorio. Entregará herramientas para la autonomía e independencia”, agrega María José Castro.

En marzo de este año, Francisco Pinoleo regresó a Chile. Aún vive con la familia de su polola y está trabajando como conductor en una empresa. Al igual que Catalina Callealta, ambos intentan transmitir sus experiencias a otros jóvenes, que están próximos a vivir el proceso de mayoría de edad en el Sename, a través de charlas.

“Es duro ver cómo tus compañeras cometen los mismos errores. Yo lo único que trato es hablarles con la verdad, si les digo cómo son las cosas, van a estar preparadas para la realidad. Ellas son las personas más valientes del mundo. Enfrentarse a una sociedad que discrimina y a tantos retos solas, solo lo hacen las personas valientes. Quizás no es la vida que nos gustaría tener, pero todo nuestro dolor tiene un por qué”, dice Catalina Callealta.

Cuando Francisco tiene un tiempo libres en su trabajo, a veces, piensa: “He tratado de seguir en contacto con algunos niños y tías de mi último hogar, les cuento cómo es mi experiencia, lo que hice en el viaje y lo que se puede obtener con estudios (...) Pasar por el Sename es un aprendizaje que duele mucho, que te deja marcado de por vida, cosas que valoras con el tiempo. En mi caso, mi mamá me dijo que no me preocupara, que ella estaba yendo al psicólogo y podríamos estar juntos, pero no fue así. Ahora tenemos una mejor relación, conversamos más, pero siempre está la herida que te marca de por vida”.

—¿Qué te gustaría hacer en el futuro?

—Viajar y disfrutar. Vivir un poco el día a día. Quiero disfrutar a mi hermana, ella creció con mi mamá en el sur y yo no me acerco mucho para allá. Pero también quiero disfrutar de un abrazo, de un cariño sincero. S

“Era un mundo nuevo, no sabía lo que era un sueldo, un contrato o cómo me iban a pagar”, dice Catalina Callealta.